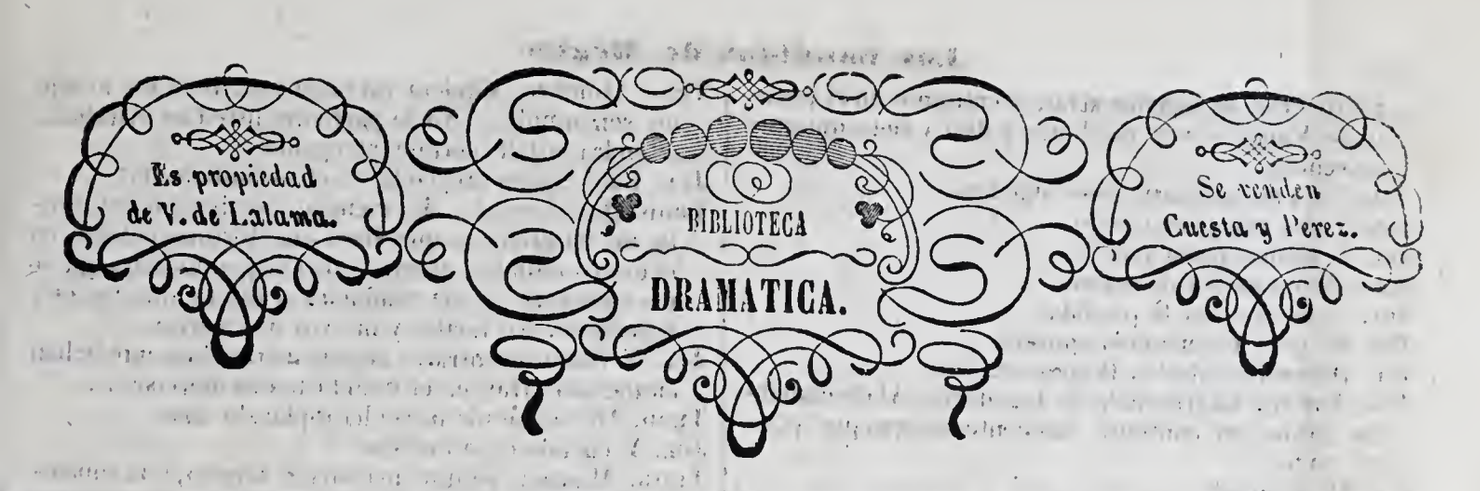

LOS BANDIDOS DE MÉGICO.

Drama en cinco actos, imitado del francés, y arreglado á nuestra escena por los señores García de Luna y Lalama, *para representarse en Madrid, el año de* 1862.

PERSONAJES.

Elena Morales.	Ramon.
Manuela.	Julio.
Eva, *de* 10 *á* 12 *años.*	Miguel.
Una pobre.	Soldado 1.°
Andrés.	Idem 2.°
Jonathan.	Zuavo.
Rivero.	Un capitan.
Pablo Herrera.	Un coronel.
Suarez.	Una Guajira.
Teodoro.	Un Guajiro.
Vargas.	

Bandidos, baqueros, marinos, soldados españoles y franceses, etc.

ACTO PRIMERO.

Una plaza de Valencia. A la izquierda, en primer término, un café. En el mismo, á la derecha, un estanco de tabacos.

ESCENA PRIMERA.

Julio, Dos amigos, *despues un mozo de café* y Jonathan.

Jul. Si, amigos mios, Teodoro Gimenez, la esperanza de la farmácia española, abandona sus potes, sus ungüentos y su patria, para buscar oro... Esta misma noche se embarca para la América del Sur.

Un amigo. Por supuesto, con Rosalía?

Jul. Quiá! La pobre no sabrá hasta mañana su abandono... Gimenez no quiere que su despedida sea triste, y como buen camarada, nos convida á cenar. Ya se cree millonario, y me encarga que lo disponga todo; tengo letra abierta... Viva Teodoro!

Todos. Viva! (*Entra en escena Jonathan vestido escéntricamente.*)

Jon. Viva!

Jul. Quién es este estravagante?

Jon. Magnífico! Aquí hay algazara y broma!... Nosotros pertenecemos á una misma familia.

Jul. No diré lo contrario, aunque no os conozco. Seguramente no sois de Valencia.

Jon. Soy americano; del estado de Nueva York. Ola! Muchacho!

El mozo. Usted dirá.

Jon. Para mi, nada... Lleva una copa de aguardiente al tartanero que me espera en esa esquina. Y cobra. (*le dá una moneda.*)

El mozo. Usted se cuida del tartanero!... Apostaria á que ha tomado la tartana por horas. (*le dá la vuelta y se retira.*)

Jon. Si, por horas, hace quince dias.

Jul. Quince dias!

Jon. Si.

Jul. Comprendo; habeis querido ver cuanto Valencia contiene de curioso?...

Jon. No. Quien ha visto á Nueva York, ha visto lo mas hermoso del mundo.

Jul. Lo mas hermoso... para un americano.

Jon. Me ha traido á España una apuesta, en la que gané quinientos dollars, ó sean diez mil reales próximamente. La cuestion era que el *Franklin*, buque americano, ganaria en velocidad al *Roberto Peel*, de la matrícula Inglesa... Yo montaba el *Flanklin*...

Jul. Para aseguraros por vos mismo...

Jon. Justamente. Además, el buque iba cargado por mi cuenta ..

Jul. Sois comerciante?

Jon. Si, señor, en algodones. Los algodones de Nueva York son los mas hermosos de todo el mundo.

Jul. Quién lo duda?

Jon. El *Franklin* se portaba á las mil maravillas; siempre íbamos delante... pero de repente el maquinista me dió aviso de que le faltaba carbon.

Jul. Qué desgracia!

Jon. Ibamos á perder todo lo ganado... En pocos minutos nos adelantó el *Roberto Peel*... América estaba vencida por Inglaterra.

Jul. La cosa era grave!

Jon. Así mi primer pensamiento fué ahorcarme.

Jul. De veras?

Jon. Sí; pero ví á un marinero sardo que se metia en los oidos una bolita de algodon... Esta accion inocente me sugirio un pensamiento feliz! Dí orden al maquinista para que quemase todo el cargamento. En seguida partimos como una flecha; alcanzamos al *Ro-*

berto Peel, le dejamos atrás, y entramos en el puerto de Valencia con dos horas y diez y siete minutos de ventaja.

JUL. Pues no quemaria poco algodon!

JON. Todo, amigo mio, todo.

JUL. Y cuánto podia valer?

JON. Medio millon de reales.

JUL. Pues es chica la pérdida!

JON. Si, pero he ganado la apuesta.

JUL. Diez mil reales!... Bonito negocio.

JON. América ha triunfado de Inglaterra. Al desembarcar estaba tan contento, tan contento, que por poco me muero.

JUL. De alegria?

JON. Y de un ataque cerebral. Cuando volví en mi, me digeron que hubiera fallecido, si un médico que se encontraba en el puerto por casualidad, no me hubiese sangrado en seguida. He querido recompensar este servicio, pero el médico no dijo su nombre ni la casa en que habitaba. Yo, que no soy hombre para dejarme salvar gratis, he comprado la guia del forastero en Valencia, he alquilado la tartana, y sigo la pista á mi salvador; pero hasta ahora no he podido encontrarle.

JUL. Tiene usted algun indicio por el que pueda reconocerle? No le vió usted?

JON. No; ya se habia marchado cuando abrí los ojos; pero me dieron sus señas. Lleva media melana, bigotes rubios, un gaban de castor blanco, pantalon bastante ancho y sombrero de copa alta. Oh! Yo le encontraré, le encontraré; señores... *(Saludando)*

JUL. Lo celebraré infinito, caballero.

ESCENA II.

Dichos, menos JONATHAN; *despues* TEODORO.

JUL. Pues las señas son mortales!... Pero ese original me ha hecho olvidar el apunte... Mozo! Mozo! Ahi tienes la minuta de la comida.

TEOD. (*saliendo.*) Y que pongan siete cubiertos.

JUL. Qué es eso? Viene Rosalia?

TEOD. Rosalia!... Ay! amigo mio! .. Si supierais?...

TODOS. Qué ha pasado?

TEOD. Le encargué á un mozo de cordel que mañana le llevase mi carta de despedida; y el muy animal creyendo que asi me servia mejor, la ha llevado hoy. Vino á decirme que Rosalia, al leer el billete, lanzó un grito horrible, y que despues le dió una peseta para que le llevase media arroba de carbon...

JUL. Dios mio!

TEOD. Eso mismo dige yo... Rosalia no quiere sobrevivir á mi abandono; quiere suicidarse... Suicidarse por mi, tan linda criatura!... Dejo mis baules y corro al lugar de la catástrofe; subo en dos saltos la escalera... llego á la puerta de mi víctima... no tengo fuerzas para llamar... aplico el oido, creyendo escuchar lamentos desgarradores ..

TODOS. Y qué?

JUL. Acaba.

TEOD. Esto es horroroso, amigos mios... Rosalia cantaba alegremente, y no cantaba sola.

JUL. Se habia pluralizado?

TEOD. Se habia convertido en dos. El carbon habia servido para guisar la comida. Senti un olor á jamon con tomate...

JUL. Te doy la enhorabuena... Ya estas libre.

TEOD. Como el pez en el agua; pero yo hubiera querido...

JUL. Encontrarla axfisiada?

TEOD. Hombre, siquiera un poquito... Bien me lo dijo mi sonámbula... No le participe usted su marcha... ó tendrá usted porque arrepentirse..

JUL. Bah! Sigues creyendo en el sonambulismo?

TEOD. Qué si creo?... La ciencia, por boca de mi Sibila, me ha predicho que haré una fortuna colosal en el nuevo mundo, gracias á una virgen morena que se me aparecerá, y me conducirá al tesoro que me esta esperando. No vacilo, y me voy á América.

JUL. Y cómo encontrarás al guia maravilloso que te han anunciado? Hay en el mundo tantas morenas!...

TEOD. Mi sonámbula no se ha esplicado mas.

JUL. Y cuándo es la marcha?

TEOD. Mañana, porque mañana es sábado, y la sonámbula asegura que los sábados son dias prósperos para mi. Ay! en sábado conocí á Rosalia!

JUL. Viene la sonámbula á cenar con nosotros?

TEOD. No tal, nuestro amigo Pablo Herrera; mi compañero de Universidad; él estudiaba medicina y yo farmácia.

UN AMIGO. Conmigo estudió leyes.

JUL. Y conmigo estuvo en Madrid en el taller de Esquivel. No he visto un chico mas inconstante. Pudiendo ser abogado ó médico, se ha hecho pintor. Un dia le perdimos de vista, y al cabo de un mes supimos que se habia ido como voluntario á la guerra de Africa. Qué muchacho! Y cuándo ha venido?

TEOD. Hace poco. Le he encontrado por casualidad... Es teniente de infanteria... Como era natural, le convidé, y aceptó. Le espero á las seis, y voy á que dispongan la mesa. (*entra en el café.*)

ESCENA III.

Dichos, á poco HERRERA.

JUL. Lo que es hoy, no viene á las seis, porque hace rato que han dado.

HER. Ni tardo tanto; son las seis y cinco minutos.

TODOS. Herrera!

HER. No es poca esactitud para un hombre á quien acaba de atropellar un carruage.

TODOS. Cómo!

HER. Poco menos. Quisieron detener al vehículo que corria á pesar de los gritos y gesticulaciones de un caballero que iba dentro, y que quiso tirarse por la portezuela, sin duda para socorrerme. En tanto me levanté, y huyendo de la gente que me acosaba con sus preguntas importunas, tomé por la calle mas próxima, y héme aqui. Estaba tan distraido mirando á una pobre niña que pedia limosna... Los niños siempre han sido para mi nuncio de desgracias.

JUL. Bah!

HER. Vais á ver si tengo ó nó razon para detestar á los chicos.

JUL. Veamos.

HER. Cuando sali del colegio, no tenia mas familia que un tio soltero y una tia que llevaba ya veinte años de matrimonio; desesperando de tener otro heredero que yo, aquella buena señora me prometió instituirme su legatario universal, con la condicion de que seria abogado... La víspera del dia en que iba á recibir la borla, tuve una carta de ella, en la que me decia, que despues de los veinte años de matrimonio, el cielo se habia dignado bendecir su union, dándole una hija. Queda dicho que lo tal hija, me desheredo en toda regla. Desde entonces di las leyes á todos los diablos, y fui á probar fortuna á casa de mi tio el soltero. Era un gastrónomo, que tenia una cocinera con unas manos divinas para hacer ropa-vieja.

JUL. Yo me muero por la ropa-vieja.

HER. Pues á mi me dan náuseas solo de recordarla. Esta cocinera era ya tan antigua como su guiso; fea como una noche de truenos, y le ayudaba en la cocina un muchacho mas feo aun, á quien mi tio tiraba de las orejas con una satisfaccion que nunca pude comprender. El buen hombre me recibió con los brazos abiertos, y me prometió un lugar preferente en su testamento, si estudiaba medicina .. Me resigné. Iba ya á recibirme de doctor, cuando me envió una carta el notario de mi tio, de mi tio, que acababa de morir reconociendo como hijo suyo al de la cocinera, y dejándole toda su fortuna... Ochenta mil reales de renta! Mirad que cara me costaba la ropa-vieja.

JUL. Tienes razon.

HER. Ya lo veis, dos veces me han arruinado los niños, y ahora me han atropellado por causa de otro. Comprendeis que debo odiarlos con todo mi corazon?

JUL. Ya lo creo.

HER. Mi tio no fué del todo ingrato; me dejó un legado de cuarenta mil reales; es decir, la existencia de cuatro años asegurada... Cuatro años de independencia! Era dueño de mis acciones, y podia dedicarme á lo que quisiera. Me hice pintor; pero no podia avenirme con un taller de cuatro paredes; necesitaba el espacio... la guerra con sus horrores sublimes... Entonces se declaró la de Africa, y atravesé el Estrecho; allí me entusiasmé, tiré los pinceles y me hice soldado; tube buena fortuna, no me faltó ocasion en que distinguirme, y aqui me teneis teniente de infantería. Esta es mi cuarta carrera... Quizás mañana cambie la espada por la sobrepelliz... Quién sabe?.. Por ahora, señores, vamos á comer, que tengo un hambre devoradora.

ESCENA IV.

Dichos, JONATHAN. *Al dirigirse* HERRERA *al café llega* JONATHAN *jadeando.*

JON. Allí está! Lo reconocí desde el carruage... Lleva gaban de castor blanco... anchos los pantalones... sombrero de copa... Es el mismo. (*á Herrera.*) Caballero, por Dios, dígame usted, que usted es usted.

JUL. Calle! El comerciante en algodon!

HER. Esperaos. Yo le he visto á usted hace un rato; usted iba en una tartana que me atropelló... Si quiere usted disculparse, agradezco su amabilidad; pero tranquilícese, que no me ha hecho daño.

JON. Oh! Ya he dado con usted, y no le suelto. Míreme usted... Mireme usted bien. Usted debe haberme visto hace quince dias.

HER. No recuerdo ..

JON. En el puerto.

HER. Ah! si! Creo recordar... Ya caigo! Usted debe tener algo para acordarse de mi.

JON. Si tal; un lancetazo en el brazo izquierdo... Y era usted!... Si no sé cómo darle gracias!...

HER. No las merezco; la casualidad me hizo pasar por allí... muy á tiempo...

JON. No socorriste á ningun ingrato; este caballero te buscaba por todas partes. Creo que ha visitado á todos los médicos de Valencia.

JON. Y ahora que le he encontrado á usted... mi querido doctor...

HER. No soy mas que licenciado.

JON. Es igual; yo le debo...

HER. Nada absolutamente.

JON. Cómo nada!... La vida de Jonathan Rivers, del estado de Nueva York, no es un grano de anis. Jonathan Rivers vale dos millones de dollars. Mañana parto para América, y antes quiero pagar...

HER. Deme usted la mano y hablemos de otra cosa. Puesto que se marcha usted á América, quisiera hacerle un encargo.

JON. Con mucho gusto.

HER. Pero usted irá á la América del Norte, y como se trataba de la del Sur...

JON. Me es igual. Además, tengo que ir á Mégico, donde se ha establecido un compatriota mio.

HER. Pues entonces, si quereis podeis prestarme un gran servicio. Se trata de llevar un medallon, un retrato á una muger. .

JUL. Ah tunante! Hasta en Mégico tienes amores!...

HER. No lo tomes á risa.

JUL. Es séria la historia?

HER. Muy triste. Ya le he dicho á usted, caballero, que yo no soy doctor; pinto, y fuí á buscar modelos á la guerra de Africa; allí conocí á un jóven teniente, que servia en el mismo batallon en que me alisté como voluntario: Fernando Morales era el nombre de mi nuevo amigo, que pertenecia á una familia de origen español, y avecindada en Mégico. Su padre poseia una fortuna fabulosa. Fernando habia venido á España para completar su educacion. En Madrid conoció á una jóven hermosa, pobre y honrada. Fernando pidió permiso á su padre para casarse con ella; mas el anciano se negó á darlo; y á fin de obligar á su hijo á que volviese á Mégico, dejó de enviarle la mesada de costumbre.

JON. Mala partida!

HER. Pero Fernando pudo realizar una suma suficiente para librar de la miseria á la madre de su hija, y queriendo no deber nada mas que á sí mismo, presentó su despacho de cadete, y entró á servir en el ejército.

JON. Bien hecho.

HER. Se declaró la guerra á Marruecos. El regimiento de Fernando, que era el de Borbon, se puso en marcha, y yo resolví seguirle. Un dia, al entrar en el campamento, supe que le habian herido gravemente en una aspillera. Le encontré moribundo. Acababa de escribir á su padre, recomendándole su muger y su hija. La carta habia salido para Cádiz, y como yo procuraba darle alguna esperanza, me exigió que le hiciera su retrato. Lo hice, y á la mañana siguiente ya habia exhalado el último suspiro.

JON. Pobre jóven!

HER. Caí enfermo en el Serrallo y me trasladaron á Algeciras, donde me dieron licencia para restablecerme en Madrid. Allí supe, que la viuda habia venido á Valencia, y aquí me dijeron, que el padre de Fernando, movido por los remordimientos, habia llamado á su nuera y su nieta, y hecho un testamento á su favor, ante el notario de Méjico don Isidoro Collantes. Elena, despues de haber vacilado algun tiempo, se embarcó en el vapor *Esperanza*, para el nuevo Mundo. En Mégico, pues, caballero, entregará usted á la niña este medallon, último recuerdo de su padre. Haciendo esto, cumplirá usted el deseo de un valiente soldado moribundo, y yo le conservaré una eterna gratitud.

JON. Lo haré.

HER. Gracias.

ESCENA V.

Dichos, TEODORO.

TEOD. Ola! Herrera! Has llegado ya!... Y los amigos

te están esperando. Vaya una calma!...

HER. Permítame usted, caballero, que le presente un amigo que vá al nuevo Mundo, y que tambien parte mañana. El Señor Don Teodoro Gimenez... Sir Jonathan Rivers...

JON. Siendo el señor amigo de usted, desde ahora le considero como mio. Esta es mi mano, caballero.

TEOD. Yo la estrecho con mucho gusto.

HER. Para estrechar mas la amistad, quédese usted á comer con nosotros... Sin cumplimientos. Le convido en nombre de Gimenez, que es nuestro anfitrion.

TEOD. Dice bien; tendria mucho gusto...

JON. Acepto; pero con la condicion de que me permitireis pagar el champagne.

HER. Concedido. Yo pagaré los cigarros, y voy á elegirlos. Entrad.

JUL. A la mesa!

TODOS. A la mesa. (*Cuando se disponen á entrar en en el café, sale Eva, acompañada de una Muger pobremente vestida.*)

ESCENA VI.

Dichos, EVA, *Una muger, despues*, HERRERA.

(*Eva, impulsada por la muger, tiende la mano á Teodoro, quien sin reparar en ella, sigue á Julio, Jonathan y los amigos que ya han entrado en el café.*)

MUG. No te han dado nada?

EVA. Nada.

MUG. Tienes tan poca gracia para pedir!...

EVA. No me atrevo; no sé pedir.

MUG. Cuando no se tiene para pan, no se puede ser tan orgullosa, hija mia.

HER. Pardiez! Buena mano he tenido; los puros son magníficos.

MUG. Acércate á ese caballero.

EVA. Caballero...

HER. Qué quiéres?

EVA. Una limosna, por amor de Dios.

HER. Calle! Esta es la mendiga que tuvo la culpa de que me atropellase la tartana! Muchacha, tu me persigues. (Qué apostamos á que me sucede alguna desgracia? Y es linda como ella sola...) Es de usted esta niña?

MUG. No señor.

HER. No es usted su madre?

EVA. Oh! No!

HER. Y la enseña usted tan feo oficio?

MUG. Es indispensable, caballero. Mi marido y yo nos embarcamos para ir á establecernos en Valparaiso. Hemos tenido un naufrágio... Mi marido se ahogó, y esta niña, en la confusion, se separó de su madre, quien no pudo abandonar el buque, y habrá perecido como mi esposo. Un bergantin mercante nos recogió en alta mar, y nos condujo á esta ciudad. Esa niña no tenia padre ni madre; yo la recogi y la llevaré á mi pueblo, cuando haya reunido el dinero suficiente para hacer el viage; entretanto necesitamos comer y pagar una posada en que dormir.

HER. (Todo esto puede ser un cuento... Bah! Y qué pierdo con socorrerla?) Tome usted, buena muger; no tengo mas dinero.

MUG. Monedas de plata! Dá las gracias á este caballero.

EVA. Dios se lo pague á usted.

HER. Deja, deja... no puedo sufrir á los niños... Ni aun á tí, que eres tan bonita.

VOCES. (*dentro.*) A la mesa! A la mesa!

HER. Allá voy.

EVA. (Oh! no puedo sufrir esto... no quiero mendigar.) (*Aprovechando la ocasion de estar la muger contando las monedas, Eva echa á correr por la esquina mas próxima. La muger la vé y la sigue.*)

ESCENA VII.

HERRERA.

HER. Diantre de chiquilla!... Pues no me ha enternecido! Y el caso es, que lo mismo puedo ver á los niños que á un dolor de tripas! Vamos á comer, y dejémonos de tonterias.

ESCENA VIII.

HERRERA, EVA.

EVA. Caballero, socórrame usted.

HER. La muchacha de hace poco!

EVA. Me persiguen?

HER. No veo á nadie...

EVA. Quieren hacerme mendigar, y yo no quiero. Por Dios, si viene aquella muger, no me deje usted ir con ella. Mientras que estaba contando el dinero que usted le dió, me puse en salvo; volví la esquina, y me ha perdido de vista...

HER. Pobre niña!... Cómo interesarme por ella!... Los niños me han arruinado dos veces... Y estás tiritando de frio! Si me gustásen los chicos, me quitaria el ranglan para abrigar á esa infelíz! (*lo hace*) Abrígate, hija mia!

EVA. Qué bueno es usted!

HER. Te engañas; con los niños soy una fiera, no puedo verlos... Tienes tu cabecita al aire... y corre un vientecillo húmedo... (*quitándose la corbata.*) Ven, voy á hacerte una nube con mi corbata.

EVA. Se vá usted á constipar...

HER. Es claro; como que no puedo ver á un niño, sin que me suceda algun percance.

ESCENA IX.

Dichos, JONATHAN, JULIO Y TEODORO.

JUL. Pero hombre, nos vas á tener esperando todo el dia?

JON. Que me estoy cayendo de necesidad! Y luego, con la triste noticia que acabo de leer en un periódico...

HER. Ha bajado el precio del algodon?

JON. No se burle usted, porque la noticia á que me refiero, le interesa.

HER. A mí?

JON. Un poco... Es decir, mucho.

HER. No comprendo... El periódico habla de mí?

JON. No me ha dicho usted que la viuda y la hija de Morales se embarcaron en el vapor *Esperanza*?

HER. Si; y qué?

JON. Pues bien, amigo; es preciso que usted me haga otro encargo. Ya no tengo necesidad de ir á Mégico. Ahi tiene usted su medallon.

HER. Por qué?

JON. Porque no puedo encontrar alli á la persona que ha de recibirlo.

HER. Por qué razon, diga usted?

JON. Quisiera decirselo con cierta habilidad... (*á*

Julio.)

HER. Vamos...

JON. Porque el *Esperanza* ha naufragado.

HER. Es imposible!

JON. Un bergantin mercante español ha recogido á algunos desgraciados, que se salvaron en un bote; y los ha traido á Valencia. El periódico publica los nombres de esos infelices, y no he visto entre ellos el de Elena Morales.

HER. Ni el de Eva?

EVA. Mi nombre.

HER. Cómo?

JUL. Es estraño.

JON. Esta niña parece comprender.

TEOD. Y llora.

JON. Y se llama Eva.

HER. Eva! (*reparando en ella.*) Oh! Deberia estar loco cuando no la conocí... Estas facciones son las mismas de Fernando... Yo quiero saber... Te llamas Eva Morales? Ibas tú en el *Esperanza*?... Oh Dios mio! Vá á desmayarse... Nos mira sin vernos.. No puede hablar... Cómo saber?... Mira, mira, hija mia... mira con atencion... Conoces este retrato?

EVA. Quisiera dormir...

HER. Mira, mira...

EVA. Oh! Papá! Papá!

HER. Es ella! Es ella! (*dan las dos en una iglesia inmediata.*) Hace seis meses que su padre, á esta misma hora, antes de espirar, me recomendó á su muger y su hija. «Sé su amigo, me decia.» Oh! Sí, pobre niña; seré para tí un protector, un amigo; haré que te den tu fortuna... Haré aun mas, Eva, te devolveré tu madre, si Dios le ha conservado la vida.

JON. Cuente usted para ayudarle con Jonathan Rivers.

TEOD. Y con Teodoro Gimenez.

HER. Gracias, amigos mios, gracias. Mañana mismo partimos para Mégico.

EVA. Ah! Papá! Papá!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa las ruinas de un templo; á la derecha, en primer término, una taberna. A la izquierda árboles, mesas sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

MIGUEL, SUAREZ, RAMON, VARGAS, FRANCISCO, VAQUEROS Y BANDIDOS; *despues* MANUELA.

Al levantarse el telon aparecen los Vaqueros y Bandidos sentados á las mesas y bebiendo; Miguel y Vargas al frente de ellos; están jugando al monte, en una de las mesas. Todos traen armas.

SUAR. A beber!... A beber.

TODOS. Si, si.

SUAR. A beber hasta que os canseis, muchachos. Ya sabeis que paga nuestro amo Rivero, en albricias de que toma posesion de la mejor hacienda que hay en Mégico; la de Morales, y justo es que nos convide.

FRAN. Mucho mas, no disputándole nadie la posesion de tan magnifica finca.

SUAR. A no ser que los muertos resucitasen, que lo veo un poco difícil. Así pues, gachupin, danos todo el vino que tengas en tu maldita venta.

FRAN. Por supuesto, que será á cuenta de vuestro amo?

SUAR. A la del demonio!... Tú saca vino, que ya lo cobrarás... (Tarde, mal y nunca!)

FRAN. Corriente!... (Por si acaso, enviaré á mi muger!) (*entra en la venta.*)

RAM. El siete!... Suarez, has perdido.

SUAR. Por vida de... Siempre que juego el resto de mi caudal á una sola carta, sale la contraria.

RAM. Si, quieres la revancha?

SUAR. No vuelvo á jugar...

RAM. A los dados.

SUAR. Sea; aquí en la venta tienen dados. (*entran en la venta con algunos bandidos.*) Vosotros, id á cuidar de los caballos, que de un momento á otro tendremos que partir. (*entra.*)

VAR. (*á Miguel.*) Tú, quédate aquí.

ESCENA II.

VARGAS, MIGUEL, MANUELA.

MAN. (*saliendo.*) Me quereis decir, á qué viene tanto ruido, cuando tengo en la venta á una pobre enferma?...

VAR. Hable usted sin temor, que nadie nos oye... Qué sabeis de la enferma.

MAN. En este momento descansa.

MIG. Buena falta le hace.

MAN. Cuando esta mañana la tragisteis á mi casa, casi espirando, no tuve tiempo para preguntaros, porque urgía atender á su curacion; pero ahora me direis...

VAR. No sabeis nada?

MAN. Nada, absolutamente.

VAR. Pues lo mismo nos sucede á nosotros.

MIG. Es la verdad.

VAR. Y para que no lo dudeis, atended: hace algunos dias nos encontrábamos merodeando en el bosque inmediato, á las órdenes de nuestro amo el señor Rivero. Este y yo nos quedamos un poco detrás para encender un cigarro, cuando Miguel, creyó percibir un pequeño ruido, que se le figuró un suspiro; me lo dijo, y registrando aquellos contornos, encontramos, al pié de un árbol, á una pobre muger desmayada. Sin duda habia estado largo tiempo espuesta á los rayos del sol, y la sed y el cansancio la hacian delirar, pronunciando nombres de personas de su familia y de su pais. Temiendo que nuestra conversacion la fatigase, no la digimos ni una palabra, y la tragimos á esta venta, donde sabemos que se la habian de prodigar todo género de cuidados.

MAN. Y su venida á ella, coincide tambien con el arribo de unos viageros, que me suplicaron les proporcionase un guia para ir á Mégico.

MIG. Y no dijeron quiénes eran?

MAN. Unos pobres europeos, que náufragos de un vapor que los conducia á Veracruz, tuvieron que refugiarse en un bote, donde los recogió un navio norte-americano. A fuerza de trabajos consiguieron llegar, bendiciendo al cielo, porque en medio de tantos compañeros de viage como perecieron, ellos solos se habian podido salvar... Yo no sé por qué se me figura, que nuestra enferma debe ser otra náufraga del mismo buque.

MIG. Es probable.

VAR. Ahora, lo que debe usted hacer, es volver á su lado por si recobra la razon.

MAN. Podeis confiar en mí. (*dirigiéndose á la venta.*)

MIG. (*ap. á Vargas.*) Y Andrés?

VAR. Tienes razon! (*alto.*) Manuela!... (*deteniéndose*

dola.) Conoce usted á Andrés, el cazador de tigres?

MAN. No es un jóven tan franco como leal y valiente?

VAR. El mismo; suele venir por esta venta?

MAN. Con bastante frecuencia.

VAR. Y á qué hora acostumbra?...

MAN. No tiene hora fija.

VAR. Pues si viniese antes de que nosotros le veamos, nos hará usted el favor de decirle, que nos espere aquí.

MAN. Corriente; hasta luego. (*entra en la venta.*)

VAR. Hasta luego.

ESCENA III.

VARGAS, MIGUEL, UN GUIA, ANDRÉS.

MIG. Pobre Andrés!... Me falta el valor para comunicarle la órden que recibimos de nuestro amo.

VAR. Tendrás que hacer lo que yo, porque obedecer es servir. (*suena un tiro.*)

MIG. Ese tiro!...

VAR. Apostaria á que es Andrés el que...

MIG. Veamos. (*el guia entra con precipitacion y asustado.*)

GUIA. Socorro!... Socorro!...

VAR. Qué sucede?

GUIA. Aqui... detrás de mi... cerca... muy cerca...

MIG. Pero qué es, sepamos?

GUIA. Un tigre, un enorme tigre me persigue... salvadme...

AND. (*aparece con la escopeta en la mano y el tigre en la espalda; tirando el tigre.*) Aqui está muerto, ya que tanto te asustaba... No es cierto que es un hermoso animal?... Acércate, imbécil.

GUIA. Estais seguro de que está muerto? (*queriendo huir.*)

AND. (*deteniéndole.*) Si conocieses á Andrés el cazador, sabrias, que nunca gasta la pólvora en salvas,

GUIA. Entonces me permitireis pegarle un puntapié?

AND. Te lo prohibo, porque si vivo le has tenido miedo, muerto no le debes insultar.

GUIA. Pero.

AND. Basta, y sigue tu camino.

GUIA. Mi camino es este. He venido conduciendo á unos Europeos.

AND. Y quiénes son esos Europeos?

GUIA. Un oficial del ejército español, que me ha ajustado para que le conduzca á Mégico.

AND. Dónde está?

GUIA. Le he perdido en el camino; me asustó tanto el tigre, que no sé...

AND. Ahora recuerdo, que cuando maté ese animal, vi á los lejos á un hombre que agitaba su sombrero como felicitándome.

GUIA. El mismo es sin duda. Voy á su encuentro... Tal vez por este lado?...

AND. Si.

GUIA. Entonces, á Dios. (*sale.*)

ESCENA IV.

Dichos, menos el GUIA.

AND. Gracias á Dios que estamos solos!... Buenos dias, Vargas... felices, Miguel... Pero qué es eso?... No estrechais mi mano?... Qué significa ese silencio?... A qué bajais los ojos?... Por qué volveis la cabeza? Soy vuestro amigo, y no os culpo al ver que servis á las órdenes de Rivero.

VAR. Es preciso vivir, amigo Andrés; y mi oficio me producia tan poco...

MIG. Por esa razon nos hicimos vaqueros de Rivero, en la hacienda de Morales.

AND. (*con tristeza.*) La hacienda de Morales!...)

VAR. (*ap. á Miguel.*) Vamos, yo no me atrevo...

AND. No creais, amigos mios, que os culpe por eso; al contrario; sé bien que seguireis siendo buenos y honrados, á pesar de servir á ese infame. Además, no creo que olvidareis, que tú ibas á ser una noche castigado duramente por esa gentuza, cuando la escopeta de Andrés...

VAR. Si, me salvaste la vida, y yo...

AND. Me dijiste: Si llega un dia en que tengais necesidad de mí, llamadme, y soy vuestro.

VAR. Y cumpliré mi palabra.

AND. En cuanto á tí...

MIG. Os debo la vida, lo mismo que Vargas, y como señal de gratitud, os dí mi cuchillo de monte...

AND. Que le guardo como ves.

VAR. Y hoy te decimos lo que siempre: Si llega un dia en que te hagamos falta, somos tuyos.

AND. Así lo espero, y puesto que ya somos buenos amigos, vamos, decid, qué comision traeis?

VAR. (*con embarazo.*) Cómo .. qué comision...

AND. La que os ha dado Rivero para mi?...

MIG. Cómo sabes?...

AND. Sé que Rivero me ha prohibido cazar en las que él tiene por sus propiedades, y os ha escojido para hacérmelo saber, y, pardiez! que ha hecho bien, porque á haberse valido de alguno de sus secuaces, juro á Dios que no hubiese llevado sano la respuesta...

VAR. Pues bien, Andrés, perdónanos, pero márchate, porque vá á venir Rivero.

AND. Entonces... le esperaré.

MIG. No, Andrés... Por nuestra amistad, retírate. Ese hombre es vengativo...

AND. No tengais cuidado por mi, y retiraos... (*Ramon, Suarez y los demas bandidos salen de la venta. Andrés se sienta sobre el tigre.*)

ESCENA V.

ANDRÉS, RAMON, SUAREZ, BANDIDOS.

SUAR. Por vida de... He perdido otra vez...

RAM. Aun te doy la revancha.

SUAR. La revancha?... Corriente; esta vez soy yo el que la voy á tomar...

RAM. A las cartas, ó á los dados?...

SUAR. A puñaladas...

RAM. Cómo!...

SUAR. Nada, nada... con el cuchillo en la mano...

AND. Vacila. (Suarez es el ojo derecho de Rivero.)

RAM. (*con calma.*) Y bien!... Rehuso!...

AND. (*pegándole en la espalda.*) No importa, yo ocupo tu puesto.

TODOS. Andrés.

AND. Suarez, tú eres un infame, pero no te creo un cobarde para rehusar?...

RAM. Ahora veremos.

SUAR. Acepto, pero á muerte.

AND. Por mi, como gustes... Sitio, señores. (*se baten con el cuchillo y Suarez sale herido.*) Te he herido en el brazo!... Te perdono la vida. (*En est*

momento entra Rivero; los compañeros vendan el brazo á Suarez con un pañuelo.)

ESCENA VI.

Dichos, Rivero, *acompañamiento.*

Riv. Camaradas, aquí empiezan mis dominios, y si gustais, descansaremos en ellos hasta la puesta del sol.

Todos. Viva nuestro amo.

Riv. (*á un bandido.*) Asi me gusta, muchachos!... Qué ruido es ese?...

Suar. Son unos guajiros que van á Mégico, y para hacer mas llevadero el camino, van cantando.

Riv. Pues de grado á por fuerza, traedlos aquí para que nos diviertan un rato.

Todos. Viva Rivero. (*salen Suarez y otros bandidos por la derecha.*)

ESCENA VII.

Rivero, Andrés.

Riv. (*reparando en Andrés.*) Quién eres tú?... (*reconociéndole.*) Andrés aquí, á pesar de mis órdenes? Pronto, de pié!... No me oyes?...

And. Hablas conmigo?

Riv. No has visto á mis vaqueros?

And. Los he visto.

Riv. No te han comunicado mi mandato?

And. Me le han comunicado. (*con desden.*)

Riv. Y tienes la audacia de presentarte...

And. Si.

Riv. Pues que sea la última vez.

And. (*con desden.*) La última!... No lo creo así.

Riv. Si mañana mis gentes te encuentran dentro de mis dominios, te hago moler á palos.

And. Corriente; pero antes debes tener presente...

Riv. El qué?

And. Lo certero que ha sido el tiro que mató á este tigre.

Riv. Y bien?

And. Si; porque el dia en que trates de poner en práctica tus amenazas, un tiro de mi fusil te hará comprender lo que yo soy.

Riv. Quiere decir que rehusas?

And. Si, porque esos que tú llamas tus dominios, no te pertenecen. Los has robado, merced á la violencia, á la perfidia, al asesinato! Tú, el capitan de todos esos bandidos que tienen aterrado á Mégico por sus crímenes; tú, que acabas de apoderarte de tanta riqueza, como un chacal se apodera de un cadáver.

Riv. (*con ironía.*) Y pretendes, por ventura, reconquistar esas riquezas, tú, Andrés el mestizo, el hijo natural de Morales?

And. Esclavo, no, porque al morir mi padre; me dió la libertad. Su fortuna no la pretendo para mi, sino para su hijo legítimo Fernando Morales, mi hermano ante Dios. Pobre Fernando!... Maldecido por haberse unido á una jóven bella y virtuosa! Creyó que el recuerdode su esposa aplacaria el enojo de su padre, y envió á Mégico el retrato de Elena, y sin embargo, nada consiguió.

Riv. La rechazó lo mismo que á mi, que era su sobrino.

And. Tu te hiciste bandido, y Fernando se hizo soldado; y cuando herido en una accion de guerra escribió á su padre con su propia sangre, pidiendo perdon para su esposa, el viejo no pudo ya enjugar sus lágrimas. A la hora de su muerte me llamó, y gracias á mis súplicas, pudo depositar en casa del Escribano Don Isidoro Collantes su última voluntad, á favor de su nieta Eva Morales.

Riv. Justamente; solo que algunos dias despues, la escribania de Collantes se quemó por casualidad.

And. O por infamia!

Riv. El caso es, que de ese testamento ya no queda el menor recuerdo. El vapor *Esperanza*, que conducia á Mégico á Eva y á su madre, ha naufragado; han perecido las dos, como lo he hecho constar, y por consiguiente, soy el solo y único heredero, y nadie en el mundo podrá disputarme mis derechos.

And. Eso, como puedes comprender, depende de la Providencia.

ESCENA VIII.

Dichos, Suarez, *conduciendo á los guajiros y guajiras con los bandidos.*

Suar. Aquí tienes á estos pobres diablos, muertos de fatiga; pero que gracias á la culata de nuestras carabinas, han recobrado toda su agilidad.

Riv. Bien, Suarez; (*á los guajiros.*) señores, mis camaradas padecen esplin, y cuentan con vuestra amabilidad para divertirles un rato.

Todos. Que viva Rivero. (*bailan los guajiros una danza á estilo del pais.*)

Suar. Señor, ya es la hora que fijasteis para ponernos en marcha.

Riv. Pues en marcha. Esto para beber, canalla!... (*arroja unas monedas á los guajiros, y salen entre los gritos de la maltitud.*)

ESCENA IX.

Vargas, Miguel, Manuela; *despues* Pablo Herrera.

Man. Alerta! alerta... Vargas, amigos mios, la enferma acaba de escaparse y anda fugitiva por el bosque.

Var. Desgraciada, tratemos de salvarla.

Mig. Si, si... (*salen conducidos por Vargas.*)

Man. Que Dios tenga piedad de la infeliz!

Her. (*entrando.*) Gracias á Dios que hé llegado.

Man. Un forastero!

Her. Uf! qué calor!... que polvo! Maldito pais! Estoy rendido de cansancio!

Man. Si quiere usted tomar algun refresco?

Her. Es usted la posadera?

Man. Para servirle, caballero.

Her. Bien, déme usted de beber lo que quiera, lo mejor que tenga en la venta.

Man. En seguida. (*entra.*)

Her. Buena falta me hacia encontrar un poco de sombra!... Calla!... (*reparando en Andrés.*) el cazador que mató el tigre! Y está sentado sobre él!... Voy á dibujarle en mi album.

And. (*levantándose.*) Qué es lo que está usted haciendo en ese libro?

Her. Su retrato de usted.

And. Será posible?...

Her. Mírelo usted.

And. Ah! gracias!... mil gracias! Yo tambien le reconozco á usted.

Her. No caigo.

And. Si; usted me saludaba con su sombrero, cuando dí muerte á ese animal.

HER. Le admiraba á usted por su sangre fria, por su valor. Tanto que deseaba saber su nombre. (*Manuela sale con un jarro de cerveza y vasos.*)

AND. Yo me llamo Andrés; y usted?

HER. Pablo Herrera.

AND. Es usted europeo?

HER. Soy español.

AND. Tanto mejor.

HER. Por qué?

AND. Porque la España es una gran nacion.

HER. Gracias, en nombre de mi pais! Quereis refrescar conmigo?

AND. Con mucho gusto.

HER. A la salud de usted. (*bebiendo.*)

AND. A la suya.

HER. Y una vez que tengo la costumbre de hablar la verdad, simple y llanamente, voy á decirle, con el corazon en la mano, la opinion que usted me merece.

AND. Convenido.

HER. Pues bien, desde que he visto á usted, he sentido una estrema simpatía, y en prueba de ello, aquí tiene usted mi mano.

AND. Y aquí la mia. (*se las estrechan.*)

HER. Y ahora, hablemos como dos antiguos y leales amigos.

AND. Convenido; sin duda le trae á usted á tan lejanas tierras, el deseo de buscar fortuna?

HER. Fortuna?... No... Vengo buscando á una muger.

AND. Vamos, alguna pasion?...

HER. Ni siquiera la conozco. Oh! es una historia tan romántica como curiosa. Figúrese usted, que por un cúmulo de circunstancias, que no son del caso, dos amigos y yo nos hemos propuesto proteger á una criatura, á una niña de diez á doce años, la mas bonita é interesante que se puede encontrar.

AND. Continúe usted.

HER. Un incendio, de los muchos que segun parece abundan en Mégico...

AND. Demasiados, por desgracia!

HER. Pues bien, un incendio, ha destruido todo un barrio, y entre ellas una casa para nosotros sumamente importante, la cual era la que buscábamos. Pero la pérdida de sus bienes seria poco para la niña, con tal de que nosotros pudiésemos devolverla su madre.

AND. Su madre?

HER. Parece que le interesa á usted la historia!

AND. (*vivamente.*) Si, si.

HER. Diferentes náufragos que hemos encontrado en los caminos, y á los cuales creiamos en el fondo del mar, nos han dado noticia de otros que se han salvado, y quizás entre ellos esté la muger que buscamos; y para eso me he puesto en camino, encomendando la niña al cuidado de mis dos amigos.

AND. Y cómo se llama la niña?

HER. Eva.

AND. Cómo ha dicho usted! (*con exaltacion.*)

HER. Eva.

AND. Y el nombre de su adre?

HER. Morales.

ANG. Ah! Justicia divina!

HER. (Qué es lo que tiene?) (*ruido fuera; los baqueros y los bandidos entran en desórden; Vargas y Miguel conducen en una silla á Elena, que viene desmayada.*)

ESCENA X.

Dichos, MANUELA, VARGAS, ELENA, RIVERO, SUAREZ.

MAN. Y bien?...

VAR. Sucedió lo que temiamos... Rivero, que iba con su caballo á galope, ha atropellado á la pobre enferma.

AND. Socorredla.

MAN. Donde encontraremos un médico?

HER. Yo entiendo algo de eso, dejadme. (*cuida á Elena.*)

AND. Sálvela usted, señor Herrera, sálvela usted.

RIV. (*entrando y aparte.*) Oh! esa muger!... Si será una vision ó un espectro que se alza de la tumba para perseguirme?

AND. (*acercándose á él.*) Has examinado el rostro de esa muger?

RIV. Yo!... No.

AND. Pues examínale.

RIV. Por qué?

AND. Porque reconocerás al original del retrato que tú y yo vimos en la hacienda de Morales.

RIV. Eso es una locura!

AND. Disimulas, porque ya la has reconocido.

RIV. (Oh! si asi fuese, por qué no la despedazó mi caballo!...)

AND. Qué tal, señor Herrera?

HER. No es nada... algunas ligeras contusiones que ha recibido al caer... No tardará en volver en sí... El pulso se reanima. (*coje una mano y repara en su brazalete.*) Cosa mas particular!!.. Un guardapelo con cabellos rubios, y grabado en él el nombre de Eva... No, es cierto?

AND. Si, si...

HER. Oh! esta muger...

AND. (*con energia.*) Esa muger es Elena Morales.

TODOS. Elena Morales!...

AND. Estoy seguro de lo que digo, (*aparte á Rivero*) y tú tambien.

HER. Abre los ojos. (*pausa.*) Silencio!...

ELENA. En dónde estoy?... Ah! ya recuerdo!... Para qué me habrán salvado!... Por qué no me dejaron morir! Morir con ella... mi pobre hija; la veo en el cielo, dirige hácia mí sus manos, y me llama sonriendo!... (*cae de rodillas.*) Pobre hija mia!

AND. (*aparte á Herrera.*) Dígala usted que vive aun!

HER. (*id. á Andrés.*) Podria causarle la muerte!... Tengo miedo!...

ELENA. Pero no, todo es ilusion, quimera! Mi hija ha muerto!...

HER. Elena Morales!... (*al oir su nombre, vuelve pausadamente la cabeza, hácia donde está Herrera.*) Tu hija... vive.

ELENA. Eva!... Mi hija!...

HER. Sí, vive.

ELENA. Dios mio, Dios mio, gracias!... (*llorando.*)

HER. Llora, se ha salvado.

AND. (*levantando la voz.*) Ya te lo he dicho, Rivero; no contabas con la Providencia! Tus dos víctimas, que ya creias en el fondo del Océano, vienen á reclamarte los bienes de Morales.

RIV. Y qué título podrán invocar?...

AND. Ahora lo sabrás. Escuchadme todos. La noche en que se quemó la casa del escribano, un hombre velaba; acudió al sitio de la catástrofe, y arrojándose entre las llamas, pudo tomar un testamento de una papelera casi consumida por el fuego. Ese hombre, soy yo; ese testamento, es este... (*enseñándole.*)

HER. (*apretando la mano de Andrés.*) Razon tenia, al juzgaros hombre honrado!

ELENA. Eva, mi hija, mi angel querido... Oh! Usted que me la devuelve, deme sus manos á besar!... Pero dónde está, dónde?... Yo quiero verla...

HER. Está en Mégico, al cuidado de dos amigos, que me responden de ella con su vida...

ELENA. Si, pero yo quiero verla, cubrirla de besos en seguida... Venid, corramos en su busca.

RIV. (*deteniéndola.*) Escúcheme usted, Elena... ya que ha encontrado á su hija, le aconsejo que se marche de este pais, lo mas pronto posible, para no volver á él!... No intenteis disputarme la fortuna de Morales; no os empeñeis en una lucha con Rivero, porque la suerte estaria de su parte!... Tema usted por sí... (*aparte á ella.*) y por su hija, sobre todo.

ELENA. Por mi hija!... (*acercándose á Herrera y Andrés.*) Este hombre se atreve á amenazar á mi hija.

AND. Es la rabia impotente!

ELENA. (*á Rivero.*) Si, partiré... me llevaré á mi hija, y renuncio á esa fortuna... Que me den á Eva... mi verdadera riqueza, mi solo tesoro .. En cuanto á ese testamento, que lo rompan, que lo anulen.

AND. Por Dios que no haré tal!... Nada teneis que temer, señora; que nosotros os conduciremos hasta Mégico, y allí, con el apoyo del embajador español, y con la proteccion de las leyes, despreciaremos á ese hombre.

RIV. Rivero no reconoce otra ley que la de su capricho! (*á los bandidos.*) Apoderaos de Andrés!...

AND. El primero que se acerque, cae á mis pies. (*echándose la carabina á la cara; todos permanecen inmóviles, y en tanto gana el centro del teatro.*) Rivero... el mas pequeño ultrage á esa señora, la menor violencia contra su protector, te harán ver como mato yo á los tigres. Y ahora, vosotros, mis queridos amigos, no olvidadme. Hasta la vista. Adios!... (*desaparece.*)

RIV. Obedeced!... Fuego sobre él!... (*tiros.*)

HER. Ya no hay que temer, está muy lejos.

ESCENA XI.

Dichos, menos ANDRÉS.

RIV. Pero vosotros no!... Elena, las imprudentes revelaciones de Andrés, acaban de condenar á muerte á tu hija.

ELENA. Ah!...

RIV. Suarez, coge mi mejor caballo y corre á la ciudad... es preciso que encuentres á esos dos hombres que acompañan á esa chiquilla... les dirás que Herrera te manda en su nombre, y que les espera en la hacienda de Morales.

SUAR. Corriente.

RIV. Despues que os pongais en camino, entre tú, Ramon y algunos otros... comprendes?

HER. Me rio de ese recurso!... Mis amigos están prevenidos, y no le seguirán.

RIV. Le seguirán, porque Suarez les enseñará este brazalete de Elena. (*se le quita.*)

HER. Miserable! (*se lanza sobre Rivero; los bandidos le contienen, y atan los brazos.*)

RIV. Esta señal, enviada por una madre á su hija, no dejará de producir buen resultado... (*dando el brazalete á Suarez.*) Toma, y obedece...

VAR. (*ap. á Herrera, que trata de desatarse.*) No resista usted y se salvará! (*Herrera mira con sorpresa á Vargas y Miguel, que le hacen seña de callar.*)

ELENA. (*con desesperacion.*) La he perdido!... Pobre hija mia!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un terrado de la hacienda de Morales. A la derecha un pabellon al que se sube por una escalinata. En el fondo corre un rio separado del terrado por una balaustrada, al otro lado del rio algunos prados de verdura y flores, en estremo pintorescos.

ESCENA PRIMERA.

HERRERA, ELENA, VARGAS. *Elena reclinada en un canapé de bambú; Herrera sentado junto á ella, apoyado en un velador que los separa; Vargas de pié.*

HER. Ya lo oye usted, señora; Andrés defenderá á su hija contra sus enemigos, cualesquiera que sea su número, y la conducirá triunfante á esta hacienda, donde hoy está usted como prisionera... pero en donde mandará mañana como señora.

ELENA. Y cómo podrá Andrés luchar contra los numeros secuaces de Rivero?

HER. Andrés nunca cuenta á sus enemigos, y siempre los vence. (*se vé cruzar por el fondo á Suarez conducido por un negro.*)

ELENA. Creo que conozco á ese hombre.

HER. Si, es el miserable á quien confiaron el robo de Eva.

VAR. Ya veis cómo el chacal vuelve sobre su presa.

ELENA. Oh! No importa; la presencia de ese hombre ha despertado todos mis temores, todas mis agonías.

ESCENA II.

Dichos, MIGUEL *que entra con precaucion.*

MIG. Vargas?

VAR. Eres tú, Miguel? Acércate. Este tambien se debe en cuerpo y alma á Andrés Morales. Qué hay de nuevo?

MIG. He oido en el bosque el silvido de los tramperos; despues he visto alzarse una espesa humareda, y esta es una señal que nos hace algun amigo... Quizás Andrés...

VAR. Y no has corrido?...

MIG. Me era imposible abandonar el puesto que me confiaron; pero tú puedes salir...

VAR. Voy al momento. Tranquilícese usted, señora; si Andrés está cerca de nosotros, es señal de que nada hay que temer... Hasta luego... Espero traeros buenas noticias.

MIG. Caballero, el amo me ha mandado que os entregue esto. (*dándole un album.*)

HER. Mi album.

MIG. Debo conducir á esta señora á la habitacion que se le ha destinado. La señora estará sola y en completa seguridad, porque yo custodio ese pabellon.

HER. Sea enhorabuena.

MIG. El amo, que acaba de encerrarse en sus habitaciones con Suarez, le ruega á usted que le espere en este sitio.

HER. Vaya usted, señora; despues de tantas fatigas necesita algun descanso.

ELENA. Vamos. (*vase al pabellon con Miguel.*)

ESCENA III.

HERRERA, *solo.*

Nuestros asuntos caminan bien. Cuando me ví desarmado y preso, temí con razon que me fusilarian, porque esta gente no guarda ninguna consideracion con los españoles, á quienes la mayor parte de ellos odian de muerte. Verdad es, que si son ciertas las noticias que me han dado, de la llegada del general Prim á Veracruz con las tropas francesas é inglesas, este suceso debe hacerles mas cautos en lo sucesivo, porque Prim no se anda en chiquitas, y en un dos por tres, limpiará las avenidas de Mégico de los bandidos que las infestan. Cuántos deseos tengo de ver á mis valientes camaradas! Vive Dios, que si llego á verme libre y dueño de una carabina, haré ver á estos bandidos megicanos, lo que vale un español amaestrado en Africa. Esta campiña es admirable! Lástima es que sus moradores sean tan viles. (*Se pone á dibujar.*)

ESCENA IV.

HERRERA, RIVERO, SUAREZ.

RIV. Estoy contento de tí, Suarez. Ya tienes la recompensa prometida; vete á partirla con tus compañeros. Antes que te vayas, entra en el pabellon, y dí á la señora de Morales, que quiero hablarla. (*Suarez entra en el pabellon.*) Qué hace usted ahí, señor de Herrera?

HER. Copio este pabellon, para llevar á España un recuerdo de estos paises.

RIV. Creeis que esa señora le poseerá algun dia?

HER. No solo lo creo, sino que estoy completamente seguro de ello.

RIV. De veras?

HER. Mañana tal vez, esa señora recobre sus derechos, y...

RIV. Y me arroje de esta casa, no es cierto? Mas para eso era preciso, en primer lugar...

HER. El testamento de Morales? Ya sabe usted que lo presentaremos en el momento oportuno, puesto que se encuentra en poder de Andrés.

RIV. Ya no lo está. (*con sarcasmo.*)

HER. De veras?

RIV. Helo aqui. (*leyendo.*) «Doy y lego todo cuanto poseo á Eva Morales, hija de mi muy amado y sentido hijo Fernando.» Firmado. «Gregorio Morales.» Oh! Esta letra es la de mi tio, y el testamento está en toda regla... Tanto en Mégico como en España seria inatacable... usted lo ha visto, pero nadie mas que usted lo verá. (*lo quema con un fósforo.*)

HER. Infame!... Si han arrancado ese testamento de manos de Andrés, será porque el infeliz ha muerto.

RIV. No sabeis que tal era mi sentencia?

HER. Al menos Eva ha podido escapar á tu odio. Tu mensagero no pudo robársela á mis amigos... Ellos no han caido en el lazo. Eva está á estas horas en Mégico.

RIV. Eva salió de Mégico ayer.

HER. Entonces, qué ha sido de ella?

RIV. No es á usted á quien tengo que decirselo.

ESCENA V.

Dichos, ELENA.

ELENA. (Nada, no distingo nada.)

RIV. Acérquese usted, señora; ya no soy su enemigo, porque nada tengo que temer de usted, ni de su protector.

ELENA. Andrés...

RIV. Andrés es mal servidor vuestro; impidió que realizase usted su pensamiento de romper la disposicion testamentaria de mi tio... y me obligó á quitársela... Mire usted, ya no quedan mas que cenizas... Ah! La proteccion de Andrés es una verdadera desgracia!

HER. No la atormente usted de ese modo! Díganos la verdad, por dura que sea.

ELENA. Sí; la verdad, la verdad!

HER. Pues bien, Eva ha salido de Mégico bajo la custodia de los amigos del Sr. Herrera, pero á las órdenes de Suarez, que tiene instrucciones mias.

ELENA. No se burle usted de mi dolor; usted no ha podido condenar á una pobre niña!... Un tigre se hubiese compadecido de ella... Quiere usted amedrentarme, no es cierto? Quiere y desea que le pida el perdon de mi hija! Devuélvamela usted, y olvidaré los agravios que he recibido; devuélvamela usted, y le perdono... le bendigo!

HER. Alce usted, señora; á este hombre no se le puede rogar; he leido en sus ojos que no comprende la nobleza. Si, han vencido á Andrés... quizás le han muerto.

ELENA. Muerto!

HER. Pero existe Eva, y no está en poder de ese hombre. Su enojo no se hubiera podido contener tanto tiempo.

RIV. Vea ested, señora, lo que contiene este paquete. (*se le dá.*)

ELENA. Dios mio!... (*tomándolo.*)

RIV. Y si ha de maldecirse á alguno, que sea á Miguel Morales.

ESCENA VI.

ELENA, HERRERA, *despues* VARGAS.

ELENA. Qué habrá querido decir?

HER. Abra usted ese paquete. (*abriéndolo y sacándolo.*)

ELENA. Ah!... El collar de Eva!...

HER. Cómo!...

ELENA. No me cabe duda... Mi hija está en su poder. La ha muerto!

VAR. (*entrando.*) Están ustedes solos?

HER. Nos has engañado; Andrés ha muerto, y Eva está en poder de Rivero.

VAR. Os equivocais; Andrés existe, y Eva está en lugar seguro.

HER. Andrés?

ELENA. Eva?

VAR. Los he visto.

ELENA. Has visto á mi hija?

VAR. Hace un instante.

ELENA. Es cierto que no me engañas? Serias mas cruel que Rivero si me engañases.

VAR. Vargas nunca ha mentido.

HER. Luego, aquella humareda...

VAR. Era una señal de Andrés, que ha escapado de la muerte por un milágro. Intentó acercarse hasta nosotros, porque queria tranquilizaros; pero no le fué posible. Os espera en el bosque de Santa Cruz, al otro lado del rio, en un sitio que me ha indicado, y á dónde yo os acompañaré esta misma noche.

ELENA. Y mi hija, está ahi en el campo? Tan cerca de mi!... Hija mia!... Me será preciso esperar á la noche para verla, para abrazarla?... (*con doloroso acento.*)

HER. Tiene razon; esta pobre madre harto merece ese instante de felicidad! Yo mismo voy...

VAR. Deje usted que antes me asegure de que los *satélites* de Riveró no están por esa parte de la hacienda. (*Desde el fondo.*) Bravo! Solo Miguel está de centinela.

HER. Señora, vá usted á recibir una grande alegria... No abrazará usted á su hija hasta la noche, pero puede verla ahora mismo. (*Vargas desde la balaustrada agita tres veces un pañuelo.*)

ELENA. Decis que voy á verla?

HER. Si señora... Mire usted hácia alli, al otro lado del rio.

ELENA. Hija mia! Hija mia!

HER. Silencio, por Dios!

ELENA. Si, debo sofocar el grito de mi felicidad... Pero dejadme que la mire, que la devore con los ojos, que le hable con el corazon...

HER. Retírese usted, señora; una imprudencia lo comprometeria todo; puede acercarse Rivero, y entonces adivinaria nuestro secreto.

ELENA. Si, si, tiene usted razon. Dios mio, no me he vuelto loca de dolor... que no me mate la alegria. (*vase al pabellon.*)

ESCENA VII.

HERRERA, VARGAS.

VAR. Quédese usted, caballero; tengo aun que decirle algunas palabras.

HER. Habla.

VAR. Andrés ha salvado á Eva, y esta puede deber á usted sus riquezas.

HER. A mi?... Como no haga Dios un milagro...

VAR. Don Gregorio Morales conocia lo bastante á su sobrino. Sabia que era capaz de todos los crímenes por apoderarse de sus bienes, é hizo dos testamentos; uno lo entregó al escribano Collantes y otro lo escondió...

HER. Dónde?

VAR. Aqui.

HER. Aqui?

VAR. Si señor. Andrés se ha acordado de las últimas instrucciones que le dió el moribundo; pero Andrés no puede abandonar á Eva. Lo que él debia hacer, usted lo hará.

HER. Con tal de que esté en el poder humano...

VAR. Se trata de buscar algunas lineas escritas en una hoja suelta que Morales colocó entre las páginas de un libro de su biblioteca.

HER. Qué libro es ese?

VAR. Las novelas ejemplares de Miguel de Cervantes Saavedra.

HER. Entonces es muy fácil mi comision.

VAR. No tanto como parece.

HER. Dónde está la biblioteca?

VAR. En las habitaciones que ocupa Rivero.

HER. Con una arma cualquiera entro en su cuarto, le mato, y puedo buscar á mi antojo.

VAR. Rivero está muy bien guardado. Para conseguir el objeto, vale mas emplear la astucia que la violencia... Alguien se acerca... Es él... No conviene que nos vea juntos.

ESCENA VIII.

HERRERA, RIVERO, *un Guajiro.*

HER. (De qué recurso me podré valer?...)

RIV. Señor de Herrera, va usted á seguir á ese hombre.

HER. Yo?

RIV. Le conducirá fuera de mis dominios. Por esta vez le perdono la vida; pero no vuelva usted á estar donde yo le vea.

HER. (El caso es que no puedo irme.)

RIV. El guia está esperando.

HER. Partiré; pero es muy singular lo que me sucede; cuando queria partir, me retiene usted prisionero; y ahora que quiero quedarme, desea que me vaya.

RIV. Quiere usted quedarse aquí?

HER. Sí, porque no sé á dónde irme. Sin embargo, puedo ser útil para alguna cosa. A un hombre que sabe medicina, leyes y pintura, no se le echa á la calle como un imbécil; usted me ha arruinado, y nadie mas que usted debe ayudarme á hacer fortuna.

RIV. A usted, que es mi enemigo?

HER. Lo era, cuando me creia apoyado por el mas fuerte; pero ahora...

RIV. Quién me responde de usted?

HER. Toma! Mi interés.

RIV. Es verdad...

HER. Insiste usted en despedirme?

RIV. No. (*al Guajiro.*) Este caballero no sale de la Hacienda.

HER. (Ah!)

RIV. Dispon una alcoba para él, y traele vino y tabaco.

HER. No estaria de más algunos libros.

RIV. Es usted aficionado á la lectura?

HER. Si, para dormirme... Tendrá usted una biblioteca muy numerosa?

RIV. No lo sé; nunca he estudiado mas que la bodega; pero en mis habitaciones hay algunos librotes que me sirven para encender cigarros...

HER. (Diablo!)

RIV. Pedro, trae algunos libros á este caballero.

HER. Cervantes es mi autor favorito... Sus novelas son las que mas me agradan. *La tia fingida* es magnífica!

RIV. No sé; traete todos, y el señor escogerá.

HER. Si, todos.

RIV. Ahora que se ha quitado usted la fea máscara de hombre honrado, confesaré que me agrada su determinacion, y espero que me ayude á convencer á Elena... Qué diablos, no siempre ha de estar llorando... Ya hablaremos sobre el particular.

HER. (Le estrangularia si pudiese!)

GUAJ. (*volviendo con un cesto de libros.*) Aquí están los libros.

RIV. (*mirando.*) *Obras de Breton de los Herreros... La Araucana, de Ercilla... D. Quijote de la Mancha...* Es usted el hombre de la dicha! *Novelas ejemplares...* El caso es que este pobre libro es el primero que tube á mano, y he quemado mas de la mitad... (*rompe una hoja y enciende con ella un cigarro.*)

HER. Qué diablos hace usted?

RIV. Encender el cigarro. Los libros y los testamentos, solo sirven para quemarlos.

ESCENA IX.

Dichos, SUAREZ.

SUAR. Señor?

RIV. Acércate.

HER. (Si hubiese quemado el documento... (*reconociendo el libro, lanza un grito de alegría.*) Ah!

RIV. (*á Suarez que se acerca.*) Qué tienes que decirme?

SUAR. Acaban de matar á uno de nuestros centinelas

de una puñalada; pero antes de espirar pronunció el nombre de su asesino.

RIV. Cuál es?

SUAR. El de Andrés Morales.

RIV. Andrés!... Dónde está el cadáver?

SUAR. Le hemos dejado á la entrada de la hacienda.

RIV. Ven, quiero verle. (*vase y Suarez.*)

ESCENA X.

HERRERA.

Estoy solo, y soy dueño de tan precioso volúmen! No tengo un minuto que perder... Por cada una de las páginas que quemaba Rivero, hubiese dado hasta la última gota de mi sangre! (*registrando.*) Nada encuentro... Triunfará al fin ese hombre?... Ah! Aquí está lo que busco... Sí, sí, este es el testamento... (*se guarda el papel en el bolsillo y hace que lee.*)

ESCENA XI.

HERRERA, RIVERO; *despues*, VARGAS.

RIV. (Siempre ese maldecido Andrés! Le habrá dejado escapar Ramon?... Puede que Herrera no lo ignore... Tal vez desee permanecer aquí, con objeto de secundar algun proyecto... Luego ese hombre me engañaba? Oh! Yo lo sabré... Ni amenazas ni tormentos le arrancarian su secreto, y sin embargo, me lo ha de decir...) (*Vargas entra con botellas y vasos, que coloca sobre la mesa. Ap. á Vargas.*) Has hecho lo que te mandé?

VAR. Si señor.

RIV. Bien. (*Vargas vá á colocar la bandeja en la mesa, pero se lo estorban los libros.*)

VAR. Caballero...

HER. Ola! Refresco? Llega oportunamente, porque tengo una sed...

VAR. (*á Herrera.*) Ruego á usted que me ayude.

HER. Con mucho gusto. (*bajo.*) (Qué hay de nuevo? Tal vez algun peligro?...)

VAR. (Si.)

HER. (Para Andrés?)

VAR. (Para usted. No beba usted del licor que pongo á la derecha.)

RIV. Déjanos, Vargas, y cuida de que nadie venga á interrumpirnos.

VAR. Nadie vendrá. (Escepto yo, cuando sea preciso.)

ESCENA XII.

RIVERO, HERRERA.

HER. (El infame queria envenenarme! Bueno es tener amigos en todas partes!)

RIV. Vamos, deje usted ese libro, y hablemos un rato. Nadie nos ha de incomodar, y aquí tenemos licor y cigarros en abundancia. (*sirviéndole de la botella que tiene Herrera á su lado.*) Me parece usted hombre de humor

HER. Basta, basta. (*Quiere servirle de la misma que lo hizo Rivero.*)

RIV. (*impidiéndoselo.*) No; usted tiene su botella y yo la mia; esta es la costumbre en Mégico.

HER. (La botella de la derecha!... Con tal de que Vargas no se haya equivocado!) (*beben.*)

RIV. Otro vaso.

HER. Un momento. Estos vinos mejicanos son tan fuertes!... Ya me arde la garganta!

RIV. Es preciso que se vaya usted acostumbrando, porque hemos de pasar noches enteras bebiendo... Otro vaso.

HER. Gracias... perderia la cabeza...

RIV. (Eso es lo que yo deseo!) No sabeis que Prim con los plenipotenciarios francés é ingles ha llegado á Veracruz?

HER. Sí, eso me han dicho vuestras gentes. Y qué opinan en Mégico de esta empresa?

RIV. (*bebiendo.*) Que es en estremo descabellada!... Querer intervenir en nuestras contiendas civiles, destruir nuestro gobierno, é imponernos un rey á la fuerza... eso, amigo mio, no tiene sentido comun.

HER. Y luego, un austriaco?

RIV. Si al menos fuese español, pase; porque hablamos su idióma, tenemos sus costumbres, y aun circula sangre española por nuestras venas!

HER. Lo decis con un orgullo!...

RIV. Con mil bombas! No lo hemos de tener!... Mirad, cuando combatiais en Africa, el corazon se saltaba de gozo, al leer vuestros triunfos, y al saber los peligros que arrostrabais entre aquellas tribus de bárbaros, mas terribles é inhospitalarias que las que en Mégico conquistó Cristóbal Colon. Decia yo á mis muchachos; mirad, chicos, son nuestros hermanos... son españoles... Viva España!

HER. Gracias, amigo mio, por mi noble país!

RIV. (*tomando un vaso.*) Porque España sea grande y poderosa, cual en tiempos de Cárlos V.!

HER. (*levantándose.*) Viva! (*beben.*) Qué diablos de licor es este? (*saboreando.*)

RIV. (Pronto hará su efecto!) Pues no sabeis lo mejor... Vuestros compañeros de armas se encuentran en Orizaba, á pocas millas de aquí.

HER. Diablos! Cómo tan cerca?

RIV. Yo os diré... (Se me vá la vista!) En Veracruz tenian muchas bajas los ejércitos, á causa de la fiebre y el tífus; y mientras se celebraban las conferencias, se han firmado unos preliminares en Soledad, por los cuales se les permite á los ejércitos aliados, abanzar hasta Orizaba y Córdoba.

HER. (Ya se empieza á turbar.) Creeis que al fin se arregle todo, sin derramar sangre?

RIV. Mucho me alegraria; aun cuando, por otro lado, mis gentes perderian con el arreglo... Mirad... nosotros no podemos presentar un ejército que rivalice con el vuestro; pero en cambio tenemos gran destreza en el lazo... manejamos el puñal... y en todo caso, nuestras guerrillas sabrian dar cuenta del ejército mejor organizado del mundo... Qué hicisteis vosotros cuando la guerra de la independencia?... Diablo! otro tanto sabremos hacer nosotros por defender la de nuestro pais... (*bebe.*) A vuestra salud.

HER. (*rehusando.*) Basta, basta. (Le tiembla la mano.) Dónde se fabrica este licor?

RIV. Se confecciona en la isla de Java, donde guardan obstinadamente el secreto de su composicion. Los de Java son valientes, y resisten con impasibilidad los mas atroces dolores; es imposible arrancarles un secreto... pero cuando beben de este vino, la confesion que rehusan al tormento, se les escapa en una carcajada... Primero se presenta la locura... luego un... vértigo...

HER. Y me habeis hecho beber de ese vino?

RIV. (*sin hacerle caso.*) Luego entra una debilidad... de todos los miembros... se apodera una paralisis... se quiere hablar... y la lengua queda muda... se quiere gritar, y la voz se estingue... y entonces...

HER. (Qué mirada!)

RIV. Já, já, já! Mi vaso está vacio y quiero beber...

beber aun... beber siempre... (*bebe.*) Já, já, já! Ese imbécil centinela que se ha dejado matar por Andrés!.. Por Andrés, á quien no han ahorcado mis gentes! Por Andrés, que se encuentra en estos alrededores!... Já, já, já! (*cae sobre el canapé.*)

HER. Morales lo habia previsto!... Has quemado el primer testamento, pero no quemarás este. Oye y mira, miserable, ahora que estás cojido en tus propias redes. «Doy y lego á Eva Morales, hija de mi muy amado y muy sentido hijo Fernando, todo cuanto poseo... Firmado... Gregorio Morales.» (*Rivero quiere levantarse y vuelve á caer.*) Te vés en el estado á que querias reducirme?... Voy con Elena á llevar este testamento á Eva y Andrés, que nos estan esperando.

ESCENA XIII.

Dichos, VARGAS *y* ELENA.

VAR. Ya ha sonado la hora; vamos.

HER. Vamos, señora.

ELENA. Ese hombre...

HER. Poco teneis que temer de ese tigre; su mirada amenaza aun, pero su brazo es impotente para herir... Si yo fuese tan vil como él, lo mataria! (*tomando una pistola de Vargas.*) Tal vez debiera...

ELENA. Nada de sangre, amigo mio! Partamos, mi hija me espera.

HER. (*asiendo á Rivero de los cabezones é impeliéndole hácia Elena.*) Entonces, de rodillas delante de esa muger á quien has atormentado, y que te perdona la vida... De rodillas, miserable! De rodillas! (*le arroja con violencia á los pies de Elena.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa una pequeña esplanada de un bosque, rodeada de árboles y lianas; á la derecha se vé suspendida de los árboles una hamaca, cercana del suelo, y á los lados de esta, altas flores americanas. En el tercer término, un camino que conduce al interior del bosque.

ESCENA PRIMERA.

VARGAS, ANDRES *y* EVA *que duerme en la hamaca;* ANDRÉS *la columpia.*

AND. Continúa, amigo, continúa.

VAR. Apenas Rivero quedó aletargado por el vino, se pusieron en marcha la señora de Morales y el señor Herrera, que gracias á los auxilios que les prestamos Miguel y yo, pudieron salir sin riesgo de la hacienda.

AND. Y por qué no los has conducido aquí?

VAR. La pobre señora emprendió el camino con mucho valor, creyendo que para ver á su hija, podria andar hasta el fin del mundo; pero abatida por tantos sufrimientos, ha tenido que descansar algunos momentos. Está al lado de nuestros amigos, quiénes la defenderán hasta el último estremo; y mientras, me he escapado para venir á contarte lo que ha pasado en la hacienda, desde nuestra última entrevista.

AND. Dónde se encuentran?

VAR. En el bosquecillo que tú conoces, y que es impenetrable tomar, escepto por mar.

AND. Los dos amigos que acompañan á la niña, se han separado de nosotros, con objeto de encontrar un buque norte-americano; una vez bajo su proteccion, Eva nada tiene que temer. Por mas que busque Rivero, nada podrá encontrar.

VAR. Pues cómo?

AND. Porque gracias á mi, y conociendo á Rivero, para alejarles del sitio y hacerles perder la pista, he hecho marchas y contramarchas por distintos caminos. (*mirando á Eva.*) Calla, que la niña se despierta.

EVA. (*despertando y mirando con temor á Andrés.*) Andrés!

AND. No temas, hija mia; es un amigo que me trae noticias de tu madre.

EVA. De mamá?

VAR. Si, dentro de poco la tendremos aqui.

EVA. Cuánto me alegro! Toma, llévala esta flor de mi parte. (*alarga la mano para cojer una flor, pero Andrés se precipita sobre ella para no dejársela coger.*)

AND. No, esa no, por Dios!

EVA. Y por qué, si es la más hermosa?

AND. Oye, y conserva en tu memoria lo que voy á decirte; no toques nunca á esas flores, porque el aspirarlas solamente produce un desmayo; oliéndolas un minuto ocasionan la muerte.

VAR. Andrés dice la verdad.

AND. Repara bien en ellas para no volverlas á coger; pero en cambio toma estas otras que no tienen ese peligro.

EVA. Gracias, Andrés. (*juega con las flores.*)

VAR. Andrés!... no oyes? Por aquel lado! (*se echa en el suelo para oir.*)

AND. Se oyen pasos?...

VAR. Sí.

AND. (*hace lo mismo.*) Aun están muy distantes.

VAR. Nuestros amigos quizás...

AND. No... se oyen pisadas de caballos... no oyes?...

VAR. Tienes razon.

AND. Rivero ha descubierto la pista.

VAR. No te alarmes así... se me ocurre una cosa... verás que lazo le tiendo... (*se aleja rápidamente.*)

ESCENA II.

EVA *en la hamaca,* ANDRÉS *de espaldas á Eva, mirando al interior.*

AND. Desde aquí puede descubrirse la embarcacion y hacer señales al inglés... Pero nada... desgraciadamente nada se vé. (*mientras Eva juega con las flores, del centro del follage que está á su lado, se vé deslizarse una enorme culebra, que elevando su cabeza, se aproxima á Eva con objeto de picarla, quien no la vé hasta estar cerca de ella.*)

EVA. (*asustada.*) Ay! Andrés! Andrés!

AND. Dios mio! (*toma la carabina y se la echa á la cara.*) Baja la cabeza, hija mia, baja la cabeza... (*dispara, mata á la culebra, y en seguida coge á Eva y la toma en sus brazos.*) Estás herida, hija mia?

EVA. No, no es nada,... absolutamente nada.

ESCENA III.

Dichos y VARGAS.

VAR. Todo se ha perdido! Ese tiro ha hecho que Rivero y sus compañeros vengan hácia aquí.

AND. (*cogiendo á Eva.*) Rivero!... huyamos!

VAR. Es imposible; estamos cercados por todas partes.

AND. Cercados! (*con desesperacion.*)

VAR. Si; espondríamos inutilmente nuestras vidas por salvar la de la niña, que al fin caeria en sus manos.

AND. Eso, jamás!

VAR. Qué es lo que piensas hacer?

AND. (*cogiendo las flores que habia quitado á Eva.*) Aspirando estas flores, Eva caerá en un sueño parecido al de la muerte, y de este modo puedo engañar la perfidia de Rivero.

VAR. Pensamiento feliz!

AND. (*colocando á Eva sobre sus rodillas.*) Eva, bien sabes que te quiero tanto como si fueses mi hija... Escucha... Un nuevo peligro te amenaza, pero un peligro grande... espantoso!... y para huir de él, no te queda mas recurso que aspirar esta flor. (*enseñándosela.*)

EVA. No me dijiste antes, que esas flores producian la muerte?

AND. Como yo te las aplique, solo será un ligero desmayo... Además, esto es necesario, si quieres ver á tu madre.

EVA. A mi madre!... Dámelas. (*las huele precipitadamente.*)

VAR. Acércalas mas.

EVA. Y si me dan la muerte?...

AND. No, Dios no permitirá eso!...

EVA. Y luego, tienen tal perfúme estas flores... son tan hermosas!... Mamá... Andrés... (*se duerme.*)

VAR. Se durmió? (*Andrés la ocasiona una ligera herida con su puñal.*)

AND. Si; está tan aletargada, que ni siquiera ha sentido la punta de mi puñal. (*la coloca en la hamaca.*)

VAR. La has herido? Para qué?...

AND. Para que crean ha sido la culebra... Y ahora, como lo que importa es que Rivero tenga confianza en tí, y te juzgue un criado leal, vas á entregarme á él.

VAR. Entregarte á él!

AND. No estamos perdidos?

VAR. Y si te mata?

AND. No importa: en cambio tú vivirás... y le suplicarás que te deje enterrar á Eva, y la entregarás á su madre. Obedece, amigo mio, obedece!... Nada de vacilar!... Haz lo que te digo... Ah!... quítame mi carabina, y ponme al pecho el cañon de la tuya... y llama... llama... (*se echa en el suelo en actitud de ser sorprendido.*) Por vida de... te digo que llames.

VAR. (*obedeciendo.*) Por aqui, mi amo, por aqui... Andrés ha caido en la ratonera... Acudid... acudid... no se nos escape.

ESCENA IV.

Dichos, RIVERO, BANDIDOS.

VAR. Por aqui, mi amo. Gracias á mi, Andrés ha caido en nuestro poder. (*los bandidos cercan á Andrés.*)

RIV. Gracias á ti!... Calla!. Ahora recuerdo, que no te he visto desde que salimos de la hacienda... Cómo te encuentras aqui... solo con él?

VAR. Porque al sentir el tiro, yo era de los esploradores el que estaba mas cerca... acudí... y le he visto desarmado.

RIV. Al verte, no intentó defenderse?

VAR. No le era posible, porque acababa de hacer fuego con su carabina.

RIV. Por Dios que es bien estraña su prision. (*con desconfianza.*)

AND. Al contrario, no se trataba mas que de mi vida, y al ver que no he podido conservar la de ese ángel para entregársela á su madre, lo demás me era de todo punto indiferente.

RIV. La niña dónde esta? Pronto, tráela á mi presencia.

AND. (*enseñando la hamaca.*) Ahi la tienes... mirala... Una serpiente ha completado tu obra.—(*silencio; Rivero examina con detencion á Eva, la serpiente y la picadura.*)

RIV. Todo acabó al fin!

AND. Si, has triunfado miserable!

RIV. Despues de la hija, necesito la vida de la madre... y mas que todos, ese maldito oficial español, que se ha burlado de mi tan infamemente.

AND. Estan al abrigo de tus golpes.

RIV. Mentira... Suarez los sigue de cerca... (*se oyen unos tiros.*) Ves... sin duda han caido en nuestras manos.

ESCENA V.

Dichos, SUAREZ *corriendo.*

SUAR. Mi amo, mi amo...

RIV. Qué sucede?

SUAR. Que los americanos llegaron antes que nosotros al sitio donde se ocultaba Elena Morales; y nos han recibido con un fuego espantoso.

RIV. Preparaos, muchachos.

SUAR. Mis compañeros han sido dispersados por el bosque y yo vengo á advertiros que el enemigo, segun parece, se acerca por este lado.

RIV. Poco me importa; cuento con fuerzas mas que suficientes, para...

SUAR. Somos muy inferiores en número, y no nos queda mas recurso que huir.

RIV. Huir?... Nunca!

SUAR. Pues seremos abrasados.

RIV. No sin tomar antes una horrible venganza. Escuchad, compañeros. Para llegar al sitio donde tienen atracado el buque, Elena y sus compañeros tienen que pasar por el desfiladero de las Rocas negras, y desde alli les podremos hacer un fuego certero y mortífero. No ha de quedar con vida uno de esos infames europeos!

AND. (Quién pudiera avisar...)

RIV. Y aun cuando existe otro camino, el de la cascada, no hay mas que un hombre que se atreva á conducir un bote hasta aquel parage, y ese hombre es Andrés, á quien tenemos en nuestro poder, y que dentro de un instante vá á morir.

AND. Te desprecio, lo mismo que á tus amenazas.

RIV. Apoderaos de él dos hombres, y despeñadle de lo alto de aquella roca.

TODOS. Si, si...

RIV. Para ocupar prontamente nuestra emboscada, tomemos cada uno un camino diferente, y asi conseguiremos que pierdan la pista nuestros enemigos. Yo con Suarez tomaré el camino de la hacienda, y desde el pico llamado Miramon, podré dominar el rio y escuchar los gritos desesperados que lance Elena, al encontrar aqui muerta á su hija. (*á Suarez y los otros.*) En marcha.

SUAR. En marcha.

RIV. Llevad á ese miserable, y cuidado no se os escape. Me respondeis de él con vuestra cabeza.

VAR. (Vargas te salvará.) (*vase con Andrés y otro bandido.*)

RIV. Dentro de una hora, os espero en el desfiladero de las Rocas negras.

TODOS. En las Rocas negras. (*salen todos.*)

ESCENA VI.

HERRERA, JONATHAN, TEODORO, ELENA. *un* OFICIAL, EVA *en la hamaca*, MARINEROS.

HER. Por aqui señora, por aqui.

JON. Ya recuerdo; este es el sitio dónde dejé á Eva y á Andrés.

ELENA. Dejadme, quiero ver á mi hija.

JON. Mirad, allí la teneis durmiendo en su hamaca.

HER. Es cierto.

ELENA. (*con alegria.*) Hija mia!... (*llamándola.*) Eva!... Soy yo... tu madre... (*arrojando un grito.*) Ah!... fria... exánime! Está muerta!

TODOS. Muerta?

ELENA. Muerta!... (*levanta á Eva de la hamaca.*) Oh! no... imposible!... decidme que mi hija no ha muerto. (*Herrera que se ha aproximado hace un movimiento de dolor.*) Eva!... Soy yo... tu madre... No me oyes?... Abre tus hermosos ojos... Sonríeme como otras veces... Nada!... nada!... Imposible es sufrir tantas desgracias! (*se oye un disparo de cañon.*)

OFICIAL. Señores, tengo un verdadero sentimiento en la desgracia de esta pobre madre; y aun mas, porque mi deber de marino vá á hacerle aumentar ese dolor... (*otro cañonazo.*) Pero antes que todo, debo obedecer á las órdenes que tengo, y que me llaman á bordo de la fragata... Hacedme el obsequio de prevenir á esa señora, nuestra próxima partida.

HER. No intentareis separarla de su hija?

OFICIAL. La ordenanza nos prohibe trasladarla á bordo; su tumba será la mar.

JON. Y no podremos conseguir?...

OFICIAL. Nada... Voy á dar las órdenes para que se le tributen los últimos cuidados... Valor, amigos mios, y preparad á esa señora.

HER. Una separacion así, la creo imposible.

OFICIAL. Un militar no conoce nada imposible cuando lo manda la disciplina, y esta es muy severa estando á bordo.

HER. Corriente; que ella se vaya... yo me quedaré... (*el oficial habla con los marineros, que salen.*) Te velaré muerta, del mismo modo que te he protegido viva! Pobre madre! Quién se atreve á decirla?...

JON. Animo, amigo mio.

HER. Señora... bien conozco cuán escasos son los consuelos que podemos prodigar á usted en tan crítica situacion... Pero me atrevo á invocar de nuevo su valor, tan acostumbrado á pruebas mas terribles...

ELENA. Habladme, amigo mio, habladme; en medio de mi desesperacion, nunca se borrará de mi memoria que os debo cuánto habeis hecho por mí! Jamás olvidaré, que fuisteis el último amigo de su desgraciado padre.

HER. Pues bien, el oficial de la fragata me ha encargado os diga, que ha llegado el momento de embarcarnos.

ELENA. Cuando querais, estoy pronta. (*tomando á Eva en sus brazos.*) Vamos, angel mio!

HER. Teneis razon, es un angel, y por eso ocupa un puesto entre sus hermanos... pero allá arriba... Ahora, solo debeis pensar en separaros del cadáver de vuestra hija, y en darle sepultura.

ELENA. Que me separe del cadáver de mi hija, que lo deje en estas regiones... jamás!

HER. Señora!

ELENA. Ya os lo he dicho; jamás!

HER. Advertid que si rehusais hacerlo, esos hombres no conocen otra ley que su consigna... Os le arrebatarán, para arrojarle y sepultarle en el fondo del mar.

ELENA. Qué horror!

HER. Aquí tendrá al menos una sepultura regada con nuestras lágrimas y consagrada con nuestras oraciones... y una tosca cruz ornará su tumba!

ELENA. Pero, Dios mio! Qué he hecho yo para padecer tanto! Y usted amigo mio, que me habia prometido servir de padre á mi hija, y no separarnos jamás, pretende ahora que la abandone, que la deje en tan ingratos paises? Oh! no... Yo le suplico... En tanto que la tengo sobre mi corazon, me parece que vive!... Quién sabe si estará dormida!... Su mano está helada... pero mis lágrimas pueden calentársela!... Sus ojos están cerrados, mis besos pueden abrírselos... No trate usted de cubrir de tierra á este pobre angel mio... (*Los marineros entran; uno trae una cruz tosca de madera; los demás se dirigen á Eva; Elena, por un movimiento instintivo, se retira.*) No... no la tocareis... (*á Herrera.*) Defendedla. (*á los marineros.*) Mi hija no está muerta, no... me lo dice el corazon!... Dios mio!... confio en tu misericordia... (*cae de rodillas.*)

OFICIAL. (*á Herrera.*) Caballero!... Dios tenga piedad de esa pobre madre.

HER. Un momento, amigo mio, un momento. Qué es esto, Dios mio!... Será posible?... (*aproximando sus lábios á la cara de Eva.*) Ah!...

JON. Qué teneis?

HER. Se me figura que respira!

JON. Será posible?

HER. Callen ustedes, que si me engañase!... Reza, pobre madre, reza!... Esta vez no es una ilusion!... La siento respirar... Hay pulso!... Ah! Con cuánta verdad acaba usted de decir, que Dios tiene compasion de las pobres madres! Dios ha hecho un milagro... le devuelve á usted su hija!

ELENA. Mi hija!

HER. Sus ojos la buscan á usted; sus manos se dirigen hácia usted.

ELENA. Ah! Dios mio, Dios mio!

EVA. (*abrazando á su madre.*) Mamá, he dormido... pero con un sueño que me hacia daño... Oia que me llamabas, y no podia responderte... Llorabas, y no podia abrazarte... (*suena un cañonazo.*)

OFICIAL. Es preciso partir...

ELENA. Ahora ya estoy pronta... Ya tengo á mi hija...

JON. Pues en marcha.

TEOD. No sabeis cuánto daria por hallarme lejos de aqui.

OFICIAL. Vamos en busca de los hombres á quienes mandé de esploradores para encontrar un camino seguro; despues nos embarcaremos.

HER. No hay que subir el rio para encontrar la ensenada donde teneis anclada la embarcacion?

OFICIAL. Una milla próximamente.

HER. Despues pasareis por delante de este bosque?

OFICIAL. Sí.

HER. Pues bien, os pido otro favor; partid sin mí á la isla de Benthan; me reuniré con vos á la vuelta.

JON. Por qué ese capricho?

HER. Andrés no está con nosotros, y me lo preguntais?

JON. Es verdad.

ELENA. Mi hija me habia hecho olvidar de sus libertadores.

HER. Quién sabe si habrá muerto?

OFICIAL. Cumpliré vuestros deseos. (*salen todos, escepto Herrera y Jonathan.*)

ESCENA VII.

JONATHAN, HERRERA.

HER. Veamos... Orientémonos un poco. (*viendo á Jonathan.*) Qué es eso! Os habeis quedado?...

JON. Si; quiero saber lo que se ha hecho de ese pobre mozo, que me libró del puñal de los bandidos. Vos no le encontrariais sin mí; nosotros los americanos tenemos tal costumbre en seguir la pista... (*examinando.*) No veis sobre esa yerba gotas de sangre?

HER. Sangre?

JON. Venid, venid. (*desaparecen.*)

ESCENA VIII.

RIVERO, SUAREZ; *despues* HERRERA *y* JONATHAN.

RIV. (*mirando á su alrededor.*) Andrés mintió, y se me ha vuelto á escapar la niña... Pero no he visto entre la comitiva que atravesaba el camino, á ese maldito Herrera, y á su compañero el yankés... Qué miras?

SUAR. (*aplicando el oido junto al suelo.*) Me parece que siento pasos por este lado. Allí se ven dos hombres... Son el yankés y el español.

RIV. El español! (*se ocultan y montan las escopetas.*)

JON. Imposible nos es dar con la pista.

HER. (*viendo á Rivero que está oculto por un tronco de árbol, lo mismo que Suarez, los cuales les apuntan.*) Rivero! (*montan sus escopetas Herrera y Jonathan, y se ocultan.*)

JON. (*montando la suya y haciendo retroceder á Herrera.*) Un momento! No se mata un hombre asi como se quiera... Apoderáos de un árbol... yo de otro. Así tendremos un verdadero duelo americano.

HER. Diablo, eso es batirse á lo marroquí! En España nos batimos frente á frente... Vaya por las costumbres de América!

ESCENA IX.

Dichos, ANDRÉS, *que sale por donde está Herrera y Jonathan.*

AND. Deteneos, ese hombre me pertenece.

TODOS. Andrés!

AND. (*á Rivero.*) Sí, Andrés, que á pesar de tus intenciones, se ha salvado, gracias á Vargas; Andrés, que conoce otro paso mas seguro que el de la Roca-Negra.

RIV. Pero no se lo dirás á nadie. (*disparándole.*)

AND. La rabia no te ha permitido apuntar bien. (*á Herrera.*) Y Eva?

HER. En los brazos de su madre.

AND. Entonces, ya que todo sale bien, hacedme el favor de dejarme vuestro sitio, y os mostraré mi buena punteria.

RIV. Suarez, á mí Andrés! A ti el español.

JON. Y yo? No tengo á quien matar? Apuesto dos mil dollars por Andrés. (*Empieza el duelo; Herrera tira con un rewolver sobre Suarez, quien se ampara del árbol.*)

SUAR. De esta escapé.

JON. Os han herido? (*á Andrés. Los combatientes vuelven á disparar sus armas.*)

AND. No; pero en cambio allí vá ese.

HER. Y este otro. (*Suarez cae muerto, y á poco Rivero.*)

JON. Eso se llama por partida doble. (*viéndolos caer y observándolos.*) Basta, amigos mios; Rivero ha muerto; la bala le ha entrado por la frente.

AND. Así acostumbro á matar los tigres. Pero qué veo! Estais herido? (*á Herrera.*)

HER. No es nada, un pequeño arañazo.

ESCENA X.

Dichos, ELENA, EVA, TEODORO, *y* MARINEROS.

EVA. Andrés! Andrés!

AND. Eva, Elena! Oh! ahora estoy seguro de conduciros á Mégico, donde presentado que sea este testamento, os pondrán inmediatamente en posesion de los bienes de vuestro difunto padre. Ya veis el castigo de ese criminal, de cuya ferocidad el cielo os ha salvado; démos gracias á Dios, que es á quien debemos tan inmensos beneficios.

FIN DEL DRAMA.

NOTA. La magnitud y clase de personages que insertamos al principio del drama, indican el giro que pensábamos dar á su accion, de lo cual nos imposibilita los acontecimientos que se han sucedido.

MADRID: 1862.

IMPRENTA DE PASCUAL CONESA,

Toledo, núm. 69. (*Plazuela de San Millan.*)